

BASTION Digital

leé mejor, mirá diferente

Hola, **Pablo**



Buscar



BLOGS

SECCIONES

AUTORES

ESPECIALES

LINKS

PRODUCTOS



Pablo Ezequiel Balán

Lic. en Ciencias Políticas (UdeSA)

follow

Cursa la maestría en Ciencia Política en la Universidad Torcuato Di Tella y es becario del Conicet. Fue becario de la Comisión Fulbright en conjunto con el Departamento de Estado de los Estados Unidos y del Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD).



Federico Tiberti

Lic. en Ciencias Políticas (UdeSA)

follow

Cursa la maestría en Ciencia Política en la Universidad Torcuato Di Tella, es becario de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT) y docente en la Universidad de San Andrés. Se ha desempeñado como asesor en el Congreso de la Nación y en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, y como asistente en el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS).

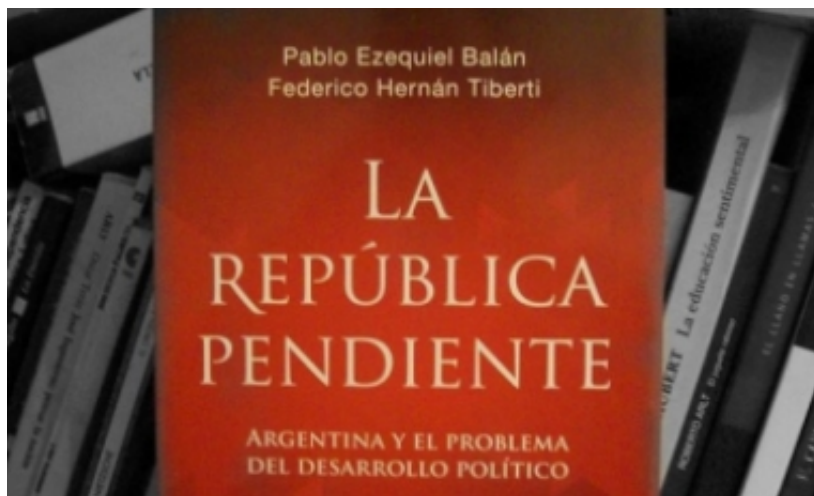
[POLÍTICA](#) [LIBRERIA BASTION](#)

En busca del desarrollo político

googleplus

Mié, 03-12-2014





Las instituciones exhiben grados variables de desarrollo: existen lugares donde la ley impera y lugares donde proliferan las prácticas para burlarla. En algunos países, las instituciones canalizan con eficacia el conflicto político; en otras, se resuelve en la calle. Es decir: existe el desarrollo político. ¿Cómo construir instituciones imparciales?

Carlos Floria iniciaba su seminario con la paradoja clásica, ¿por qué la Argentina ha logrado posicionarse en el campo cultural y científico, pero ha sido penosamente incapaz de construir la cultura política pluralista propia de una democracia constitucional? La pregunta ha sido reformulada en el lenguaje de distintas disciplinas. ¿Por qué la Argentina, dado su nivel de desarrollo económico en el siglo XX, fue incapaz de forjar una democracia política estable? ¿Qué explica la crónica falta de apego a las normas e impide alcanzar equilibrios socialmente eficientes? En palabras de Andrés Velasco, exministro de Hacienda de Chile, ¿cómo puede ser que un país poblado por gente tan civilizado sea gobernado de manera tan incivilizada?

Entre los diagnósticos que proliferan sobre la Argentina, hay uno que ocupa un sitio privilegiado: el que sostiene que nuestro país sufre de un profundo déficit en su institucionalidad republicana. Verdad de perogrullo: a los republicanos les importan las instituciones. Esta queja, que reverbera tanto en los recintos académicos como en las peluquerías, rara vez se encuentra definida en términos rigurosos. Pocos podrían listar las notas distintivas de un régimen republicano; la mayoría sigue identificando a las instituciones con un conjunto de edificios; pocos podrían desentrañar la maraña de significados contenidos en el término populismo. El debate público queda muchas veces reducido a una guerra de consignas que parecen reflejar, antes que una discusión racional, las sensibilidades psicológicas de los contrincantes. La grieta —para usar la expresión del conductor televisivo devenido en último bastión de la República— parece ser el equivalente político del fútbol o

la gastronomía.

La difundida percepción de una decadencia argentina se basa en hechos conocidos. En el período 1875-1913, la Argentina creció a una tasa anual del 3,6%, mientras en Alemania, Francia e Italia la tasa de crecimiento rondaba el 1%, y México y Chile arañaban el 2%. El salario real duplicaba el de Italia. Luego el crecimiento disminuyó y, entre 1970 y 1989, la tasa llegó a ser negativa (casi -2%). En la segunda mitad del siglo XX, la declinación económica de la Argentina se hizo evidente. Hoy la Argentina es un país de ingreso medio; El panorama es peor si se incorporan otras dos variables clave: la distribución del ingreso y la estabilidad macroeconómica. Si hacia 1975 el coeficiente de Gini era de 35 puntos, hoy supera los 45. La pobreza escaló al compás de las sucesivas crisis macroeconómicas, y alcanzó al 50% de la población en el pico de las crisis terminales de la hiperinflación y de la convertibilidad.

La trayectoria política de la Argentina no ha sido menos decepcionante que su trayectoria económica. A principios del siglo XX, el país estuvo a punto de convertirse en lo que Douglass North y sus colaboradores denominan un orden de acceso abierto. Por una serie de motivos, no pudo completar esta difícil transición. Experimentó *shocks* económicos adversos y una creciente polarización política que culminaron en el primer golpe a la institucionalidad democrática. El peronismo catapultó luego al poder a un nuevo grupo político-económico que atentó contra los intereses de la vieja élite; la reacción adversa fue tal que el país se sumió en un perverso juego de vetos mutuos que degeneró, al cabo, en una espiral de violencia. La vuelta de la democracia encontró un Estado débil y con poca capacidad de respuesta a los problemas sociales que se habían gestado, algunos de manera casi imperceptible, a lo largo del tumultuoso curso del siglo pasado. El siglo XXI despuntó con un nuevo proyecto hegemónico que, a pesar de una recuperación inicial, exhibió los problemas típicos del populismo económico y político que lo llevaron a abandonar a la fuerza su propia voluntad de poder.

Seis golpes de Estado durante el siglo XX, la creciente falta de respeto por la Constitución, el oportunismo de los actores políticos que colonizaron el aparato estatal extrayendo el máximo beneficio en el menor plazo, y, finalmente, la violencia fratricida: todo ello convierte la queja republicana casi en un lamento exquisito e inútil. Desde una perspectiva menos pesimista, la Argentina es una democracia joven. En 1989 el país presenció una escena inédita desde 1916: un presidente saliente entregó el bando presidencial a un presidente entrante de otro color político. Desde entonces, la consolidación de la democracia es un hecho incontrovertible. A pesar del vals esquizofrénico de sus políticas públicas, la Argentina ha resuelto con éxito la cuestión del régimen. En consecuencia, resta transitar la difícil senda de la calidad institucional.

La sabiduría convencional de la ciencia política contemporánea puede resumirse en una sola frase: las instituciones importan. Sin embargo, al escuchar esto, bajo la calota de Doña Rosa desfilan edificios imponentes o reglas escritas hace mucho tiempo: el Congreso, los Tribunales, la Constitución. Una manera más interesante de entender las instituciones es como sistemas de

incentivos que hacen que la gente —incluidos los propios políticos— se comporten de determinada manera y no de otra. La gente se comporta de acuerdo con lo que tiene en la cabeza y en buena medida tiene incentivos. No parece excesivo afirmar que, en última instancia, las instituciones están en la cabeza de la gente.

A escala planetaria y aún dentro de un mismo país, las instituciones exhiben grados variables de desarrollo: existen lugares donde la ley impera y lugares donde, en cambio, proliferan las prácticas informales hechas para burlarla. En algunos países, las instituciones canalizan con eficacia el conflicto político; en otras, éste se resuelve en la calle. A pesar de los descendientes intelectuales de Montesquieu según quienes el clima y la geografía son los factores decisivos del progreso y retraso de los países, hay casos críticos que dan apoyo a la hipótesis institucional. Leopoldo II, rey de los Belgas, gobernaba de manera benévola y eficaz en su país mientras que en el Congo fue quien instaló la maquinaria extractiva, perversa e impiadosa tan bien retratada por Joseph Conrad. Lo mismo ocurre con las dos Coreas: al sur del paralelo 38° el PBI per cápita es de USD 34.777; al norte, de apenas USD 1888. Esta brecha no se explica ni por el clima, ni la religión, ni la etnia, ni la dotación de factores de la economía: la diferencia es enteramente política, es decir, institucional.

En otras palabras: existe el desarrollo político. Este concepto puede despertar la sospecha de las sensibilidades de corte relativista, pero responde a hechos. Para empezar, la democracia política es un fenómeno exótico. Adam Przeworski, el cerebro politológico que Polonia legó al mundo, calculó que en toda la historia de los gobiernos representativos, el oficialismo resultó victorioso el 80% de las veces que se presentó. En el continente africano, donde proliferan las guerras civiles y los Estados fallidos, se estima que el 25% del PBI se pierde a causa de la ubicuidad de las prácticas corruptas. En suma, la violencia y el desorden político son la norma: la conjunción de bienestar material e instituciones políticas que garanticen un equilibrio entre orden y libertad, la conjunción de paz y prosperidad, es una excepción y no la regla.

Como afirma Francis Fukuyama son pocos los países que han logrado “llegar a ser Dinamarca”. ¿Cómo lograron esa difícil alquimia? En ellos, la democracia electoral está complementada por tres instituciones que se refuerzan unas a otras: 1. un Estado fuerte, capaz de proveer bienes públicos esenciales de manera eficaz e imparcial; 2. el imperio de la ley, que implica que ningún gobernante está por encima de ella; y 3. la rendición de cuentas de los gobernantes hacia los gobernados. Hoy la Argentina tiene un Estado grande pero ineficaz; prospera la ilegalidad —que hace más de dos décadas Carlos Nino denominó “anomia boba”— y los gobernantes parecen haber olvidado que un presidente es un servidor y no un patrón.

Una democracia republicana implica la supremacía de la constitución, el imperio de la ley, la división de poderes, y la neutralidad del Estado. Durante la última década, todas estas notas fueron vulneradas por medio de la falsificación del sistema estadístico, la intimidación hacia la prensa independiente, el avance sobre otros poderes del Estado, el debilitamiento de las agencias de control y la voluntad de perpetuación en el poder. Más aún, estos comportamientos se conjugan

con una legitimación plebiscitaria, ya habitual en la historia Argentina, que apela a la presunta unidad de la comunidad política a la vez que introduce la división denegando la legitimidad del adversario.

Lo dijo Natalio Botana hace treinta años:

[a]ún a expensas de violentar la historia e incurrir en una rutinaria generalización sociológica, estos rasgos marcarían el perfil político argentino del modo siguiente: el control a la oposición; la ausencia de rotación pacífica en el ejercicio del poder; el predominio de las estrategias de conflicto sobre las estrategias de reconciliación; el uso de las instituciones, en tanto instrumentos manipuladores, y la pérdida de altura constitucional; el estilo excluyente frente al adversario que determina el sentido de la derrota y de la victoria; el aumento permanente de la centralización estatal, correlativa con la erosión de las reservas de autonomía regional y de pluralismo social.

¿Cómo construir instituciones imparciales? ¿Cómo hacer efectiva la igualdad ante la ley? Nada sale de la nada y las instituciones también salen de algún lado. Resumen los gustos congelados de los actores políticos que las crean y las utilizan: sindicatos, empresarios y una multiplicidad de grupos de interés que infiltran sus preferencias en la letra de la ley y despliegan su uñas y dientes para conservar el *status quo*. Por eso resulta tan difícil reformar instituciones. El ser humano es tribal; no es obvio pensar más allá del clan, el sindicato, la barra. De este tribalismo no están exentos quienes diseñan las instituciones. En palabras de Ortega y Gasset, la democracia —entendida como un arreglo que no sólo refleja la voluntad de las mayorías sino que controla el poder dispersándolo— no es un hecho natural.

La república pendiente: Argentina y el problema del desarrollo político (Buenos Aires, El Ateneo, 2014) —parafraseando a Flóres— parece un libro antiperonista, aunque lo es. Pero no es sólo eso: aspiramos a que sea un competente ensayo de sistematización que arroje luz sobre la esfinge argentina (si se nos permite usar palabras de Sarmiento) y que contribuya a que el país vuelva a discutir, de una buena vez, políticas públicas.

La república pendiente: Argentina y el problema del desarrollo político (Buenos Aires, El Ateneo, 2014) de Pablo Ezequiel Balan y Federico Hernán Tiberti se presentará este miércoles 3 de diciembre a las 18:30 en el segundo piso de la librería El Ateneo-Grand Splendid (Avenida Santa Fe 1860).

googleplus

CALIFICA ESTA NOTA

total votes: 0